

EL CANDIL. I

GUISO DE CALLOS Y RABO.

Regreso de mi comida de mediodía en el Candil. Ya les diré dónde se encuentra si acaso les interesara después de haber leído lo que a continuación les relato.

Habían en el comedor cuarenta y dos comensales bien contados, porque alguna de ellas bien es cierto que podría ser contada doble o triplemente de los vistosas que estaban. En vista de que hoy iría a la tertulia del CAP en Pepe Botella y me recogería algo más tarde de lo normal, y para no someterme de nuevo al episodio de los huevos con morcilla que tan alterada se mostró con el vaivén de aquí para allá de los huevos, elegí el siguiente menú del día: Guiso de callos con garbanzos y de segundo rabo de de ternera estofado con patatas fritas. Todo ello vino regado con un vino tinto valdepeñas Torneo, común y discretamente peleón. De postre, Mar, la camarera amiga mía, encantadora y siempre cariñosa y amable, me recitó con su susurro de voz melancólica, mirándome a los ojos el arroz con leche de la casa, las natillas también de la casa, fruta del tiempo y del no tiempo. Pero como yo ya estoy celebrando la IV fumada lenta me permití la licencia de cambiar el postre por un carajillo, recordando a los que se hace José Luís en sus desvelos de la noche, pero teniendo buen cuidado de advertir a Mar que, por favor me lo hiciera de descafeinado y el coñac quemado, no fuera que me subiera la tensión controlada con mi pastillita de todas las mañanas en el desayuno de casa.

En todas estos menesteres me encontraba, observando con entusiasmo a mis comensales y escuchando alguna que otra conversación de mis vecinos de mesa, aunque no llegaba a hilvanarlas dado mi sordera en ambientes ruidosos, cuando comprobé sorprendido que en el salón estaba permitido por la autoridad sanitaria fumar. Ellas encendían sus cigarrillos con cierta impaciencia y chupaban la boquilla con un deje de abandonada voluptuosidad. Y heme aquí que tomé entre mis manos mi pipa, la acaricié, deshilvané el tabaco y lo introduje en la cazoleta con el mismo cariño y en entrega con que ellas lo hacían con sus cigarrillos. Y de repente, puedo decir que fue en el comienzo de la encendida de mi pipa, cuando el aroma de mi tabaco se extendió sigiloso y altanero por el salón, que se hizo un silencio que en mi sordera me dejó un tanto sorprendido. Entonces comprendí, y me vino a la memoria, lo que comentaba Juan cuando decía que estaba hasta los c-----, de que todo el mundo le dijera que bien huele "tu pipa". Querido Juan, cuando esto te lo dice una mujer no debes sentirte ofendido, molesto

o contrariado, porque una mujer cuando huele tu pipa y tiene el detalle de reconocerlo debe ser estimada, alagada, ensalzada y ponderada hasta el final de todos los finales, es decir hasta el último suspiro.

Mar, siempre solicita conmigo y amiga entrañable, ella me ha preparado los mejores carajillos de mis comidas fuera de casa, vino hasta mí y me advirtió que, por favor, no la liara. Pero su advertencia llegaba demasiado tarde. Me encontré rodeado de todas aquellas mujeres hermosas, sensuales, discretas, atractivas cada una en su estilo, temerosas de importunar mi placentera fumada, respirando agitadamente en torno a mi, rodeándome con el candor que solo una mujer sabe poner en sus movimientos, rozando mis mejillas, sentándose en mis piernas, aflojando el nudo de la corbata, y suspirando airadamente porque no sabían distinguir si era latakia o vainilla, chocolate, fresas o no sabían de qué mejunje podía tratarse.

Ante el revuelo general causado y ante la indignada protesta de sus respectivos acompañantes masculinos, el dueño, gran amigo mío, que siempre me obsequia apretando su mano contra la mía y sirviéndome como aperitivo un güiski, me advirtió que había avisado a la policía local ante las protestas recibidas. Se podía fumar cigarrillos rubios o negros, cigarros puros incluso, pero la pipa... ¡Ah señor, la pipa es otra cosa, entiéndalo, por favor! No me arruine usted el negocio, se lo ruego, me dijo un tanto suplicante y cariacontecido.

Mar, arropándome con su cuerpo frágil, me acompañó hasta la salida y me dijo que no tardara en volver, que siempre, cada día, me esperaba.

Con su recuerdo y con la fragancia de su cuerpo metida en el mío caminé despacio fumando mi pipa por el Paseo de la Castellana camino de mi oficina, haciendo tiempo para asistir a mi fiesta de los jueves en la tertulia del Club de Amigos de la Pipa de Madrid.

Señores, concluyo. Ven ustedes lo fácil y sencillo que es echar algún que otro sueño fumándose una buena pipa.

Rafael Mulero Valenzuela

15/11/2007 17:34

© Rafael Mulero 2007